bruno schulz

El Sanatorio de la Clepsidra

maldoror

Bruno Schulz

El Sanatorio de la Clepsidra

(relato)

Traducción:
Jorge Segovia y Violetta Beck

Maldoror ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada
por los editores, viola derechos de copyright.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original:
Sanatorium pod Klepsydrą [en]: *Proza*

Título del relato:
Sanatorium pod Klepsydrą

Wydawnictwo Literackie, Kraków 1973

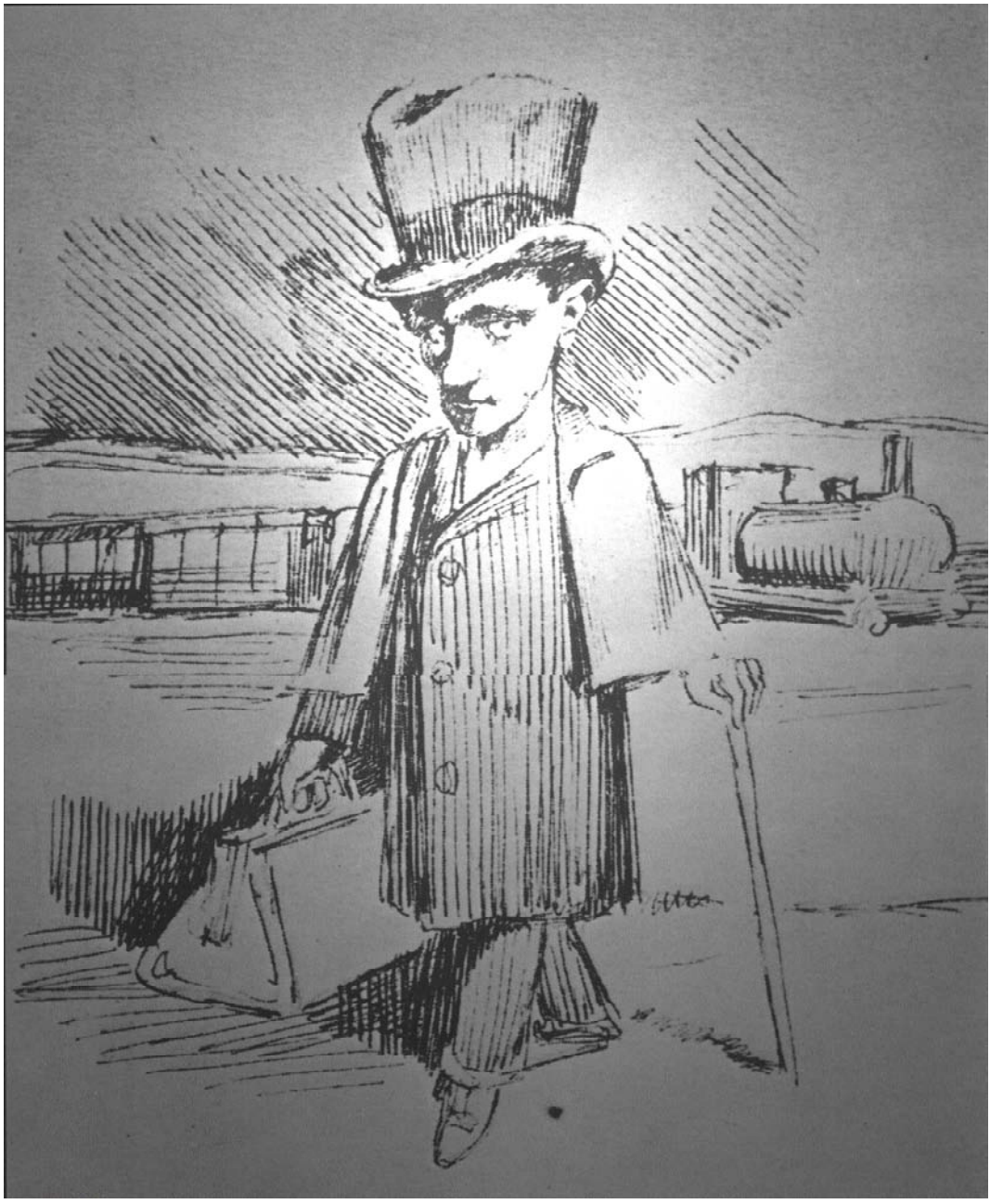
Relato publicado anteriormente [en]:
El Sanatorio de la Clepsidra
Maldoror ediciones, 2003

© Primera edición: 2011
© Maldoror ediciones
© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

ISBN 13: 978-84-96817-74-6

MALDOROR ediciones, 2011
maldoror_ediciones@hotmail.com
www.maldororediciones.eu

El Sanatorio de la Clepsidra



I

El viaje fue largo. Por aquella línea secundaria casi totalmente olvidada sólo circulaba un tren por semana, y no había más que dos o tres viajeros. Nunca había visto unos vagones tan arcaicos, grandes como habitaciones, sombríos y llenos de recovecos, retirados desde hace tiempo de las restantes líneas. Esos pasillos zigzagueantes formando diversos ángulos, esos compartimentos corridos, vacíos, laberínticos y gélidos, daban una impresión casi pavorosa debido a su extraño abandono. Yo me trasladaba de un vagón a otro en busca de un rincón más confortable. El viento soplaba por todos los lados y corrientes glaciales atravesaban el tren de parte a parte. Había algunas personas repartidas por distintos lugares del tren, sentadas en el suelo con sus hatillos, sin atreverse a ocupar los asientos, excesivamente altos. Además, aquellos desvencijados asientos, recubiertos con una especie de opaco plexiglás, el paso del tiempo los había impregnado de una pátina fría y pegajosa. El tren atravesaba pequeñas estaciones sombrías y desiertas y nadie subía a él, y proseguía, entonces, su marcha sin hacer ruido, sin silbidos, lentamente, como ensimismado.

Durante algún tiempo viajé acompañado por un hombre que vestía un gastado uniforme de empleado del ferrocarril. Silencioso, sumido en sus pensamientos, apretaba un pañuelo contra su rostro inflamado y dolorido. Algo más tarde desapareció, quizá había descendido en alguna

parada sin que yo lo advirtiera. De él no quedó más rastro que una forma hundida en la paja sobre la que se había sentado y una negra y vieja maleta olvidada.
Tropezando aquí y allá con la paja y los desperdicios, yo continuaba recorriendo los vagones con un paso indeciso. Las puertas de los compartimentos, abiertas, oscilaban continuamente sacudidas por los golpes de aire. No se veía ni un viajero por parte alguna. Finalmente encontré a un revisor, en uniforme negro, que se ataba un gran pañuelo alrededor del cuello y envolvía sus pertenencias, su linterna y el cuaderno de servicio. "Estamos llegando, señor", me dijo mirándome con ojos apagados e inexpresivos. El tren se detenía poco a poco sin hacer ruido, como si la vida lo abandonara lentamente con el último soplo de vapor. Finalmente, se paró. El lugar estaba vacío y silencioso, no se veía ningún edificio. Al bajar, el empleado me indicó la dirección en que se encontraba el Sanatorio. Con la maleta en la mano, empecé a caminar por una pequeña carretera blanca que terminaba adentrándose de manera inesperada en un parque oscuro y frondoso. Yo observaba el paisaje con curiosidad. El camino conducía a un promontorio desde el que se vislumbraba un amplio horizonte. El día era gris, apagado, sin acentos. Y tal vez la influencia de esa luz pesada y plomiza ensombrecía el inmenso paisaje sobre el cual se extendía un decorado de bosques, campos roturados y estratos que, cada vez más lejanos y grises, descendían a izquierda y derecha formando una suave pendiente. Ese paisaje sombrío y solemne parecía discurrir de un modo imperceptible, deslizándose como un cielo cargado de nubes y movimientos ocultos. Las fluidas arborescencias parecían crecer con un murmullo semejante al flujo de la

marea que va alcanzando imperceptiblemente la orilla del mar. En medio de esos oscuros bosques el blanco camino serpenteaba como una melodía, con amplios acordes, presionado aquí y allá por grandes espesuras musicales y que finalmente terminaban por ocultarlo. Al borde del camino, arranqué una pequeña rama de un árbol. El follaje era sombrío, casi negro, de un negro extrañamente saturado, profundo y balsámico como un sueño reconfortante. Todos los grises del decorado provenían de ese negro. Ese es el color que, en nuestro país, reviste a veces el paisaje durante los nubosos crepúsculos del verano, saturados de largas lluvias: es la misma abnegación calmada y profunda, el mismo beatífico abandono, que ha renunciado a la alegría de los colores.

El bosque era oscuro como la noche. Yo me desplazaba a tientas sintiendo bajo mis pies la alfombra de agujas de pino. En un momento dado, los árboles empezaron a escasear y oí cómo mis pisadas resonaban sobre las tarimas de un puente. Al otro extremo, en medio de sombríos follajes, se perfilaban las grises paredes del Sanatorio y sus altos y opacos ventanales. La puerta acristalada de doble hoja estaba abierta. Hacia la misma conducía el pequeño puente levantado con troncos de abedul. En el pasillo, sólo la penumbra y un silencio espeso. Caminaba de puerta en puerta, alzándome a veces sobre la punta de los pies con la intención de ver los números colocados sobre ellas. En un recodo del pasillo encontré al fin a una enfermera que salía corriendo de una habitación, jadeante, como si acabara de escapar de unas ávidas manos. Apenas entendió lo que yo le decía. Tuve que repetírselo, mientras permanecía agitada ante mí y sin saber qué hacer. "¿Han recibido mi telegrama?" Ella hizo un gesto

de impotencia y su mirada eludió la mía. Miraba de reojo hacia una puerta entreabierta como esperando el momento de alcanzarla.
– Vengo de lejos y he enviado un telegrama para reservar una habitación –dije con impaciencia–. ¿A quién tengo que dirigirme?
Ella no lo sabía.
– Puede usted ir al restaurante –dijo confundida–. Todos duermen ahora. Cuando el señor Doctor se levante, le anunciaré su llegada.
– ¿Duermen? ¡Pero si estamos en pleno día!
– Aquí se duerme todo el tiempo. ¿No lo sabe?
Me miró con curiosidad y añadió, frívola:
– Además, aquí nunca es de noche.
Ahora ya no parecía tener ganas de marcharse; aún agitada, tiraba del borde de su delantal.
La dejé allí. Entré en el restaurante tamizado por una luz de feldespato: vi algunas mesas y un gran aparador que se extendía a todo lo largo de la pared. Al cabo de unos instantes sentí apetito. Me alegré al ver aquella abundancia de pasteles y tartas que se mostraban en los estantes.
Puse mi maleta sobre una de las mesas. Todas estaban vacías. Di algunas palmadas, pero no acudió nadie. Eché una ojeada a la sala contigua, más amplia y clara. Un gran ventanal o loggia daba al paisaje que ya conocía y que, enmarcado de ese modo, mostraba su tristeza y resignación como un fúnebre memento. Sobre los manteles podían verse los restos de una reciente comida, botellas vacías y vasos con restos de contenido; también había algunas propinas que los camareros aún no habían recogido. Regresé al aparador y fijé mi atención en los pasteles y pastas. Parecían apetecibles y me pregunté si podría

servirme alguno. Sentí un acuciante deseo de comer, pero sobre todo me tentaba una especie de crujiente dulce de manzana. Estaba a punto de coger uno con la cuchara de plata cuando percibí que alguien estaba a mis espaldas. La enfermera había entrado silenciosamente y con los dedos me tocó en un hombro. "Señor, el Doctor le espera", me dijo, mientras se observaba las uñas.

La enfermera caminaba delante de mí sin volverse, convencida del magnetismo que ejercía el movimiento de su cintura. Y parecía divertida reforzando ese magnetismo, regulando sutilmente la distancia entre nuestros cuerpos, mientras pasábamos frente a decenas de puertas numeradas. El pasillo era cada vez más oscuro; cuando ya la oscuridad era casi total, con su cuerpo casi pegado al mío, murmuró: "Esta es la puerta del Doctor, puede entrar".

El doctor Gotard me recibió, de pie, en el centro de la habitación. Era un hombre de baja estatura, de hombros anchos y pelo negro.

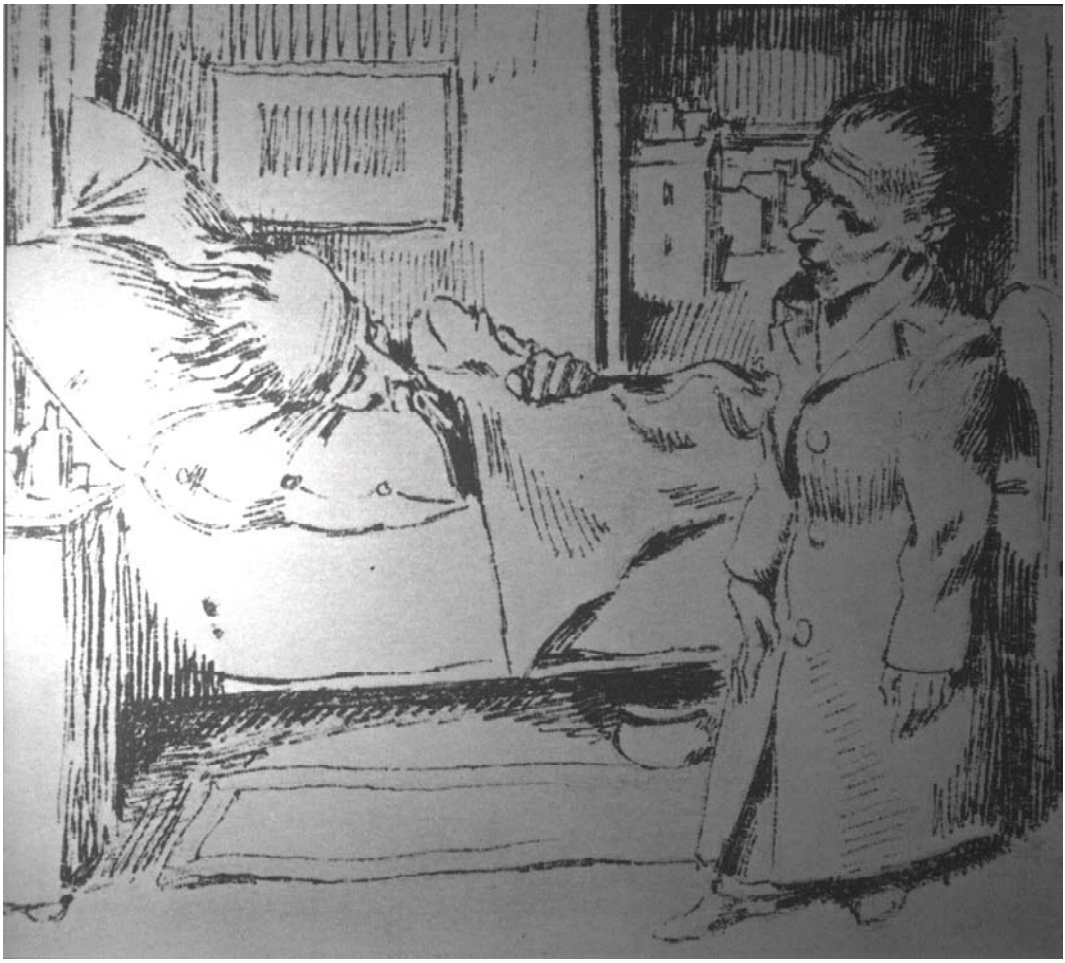
– Ayer recibimos su telegrama –dijo–. Enviamos a la estación el coche del Sanatorio, pero usted ha llegado en otro tren. Lamentablemente, las comunicaciones por tren no son muy buenas. ¿Cómo está usted?

– ¿Y mi padre, sigue con vida? –pregunté, deslizando una inquieta mirada sobre su sonriente rostro.

– ¡Por supuesto que vive! –respondió, sosteniendo tranquilamente mi febril mirada–. Quiero decir, dentro de los límites que permite la situación –añadió entrecerrando los ojos–. Usted sabe tan bien como yo que, desde el punto de vista de su familia, de su país, está muerto. Ahora ya no hay remedio. Esa muerte arroja una cierta sombra sobre su existencia en este lugar.

– Pero mi padre, personalmente, ¿no sabe, no sospecha…? –pregunté en voz baja.
El doctor movió la cabeza con profunda convicción.
– Tranquilícese –dijo con voz apagada–. Nuestros pacientes no adivinan nada, no pueden adivinar… El truco es simple –añadió, intentando demostrar con sus dedos el mecanismo–. Consiste en que hemos hecho retroceder el tiempo. Lo retrasamos un cierto intervalo cuya duración resulta imposible determinar. Lo cual nos conduce a una simple cuestión de relatividad. La muerte que alcanzó a su padre en su país no lo ha alcanzado aún aquí.
– En esas condiciones –respondí– mi padre está cercano a la muerte, o poco falta para ello…
– Usted no me comprende –replicó con una indulgente impaciencia–. Aquí nosotros reactivamos el tiempo pasado, con todas sus posibilidades, incluida la de la curación.
Me miró con una sonrisa en los labios, mientras se acariciaba la barba.
– Y ahora, ¿le gustaría quizá ver a su padre? Tal como deseaba, le hemos reservado una segunda cama en su habitación. Permítame que le acompañe.
Una vez en el oscuro pasillo, el doctor Gotard siguió hablando en voz baja. Me di cuenta de que calzaba zapatillas de fieltro, igual que la enfermera.
– Dejamos dormir a nuestros pacientes todo el tiempo que quieren –dijo–. Así economizamos su energía vital. Además, no tienen otra cosa que hacer.
Se detuvo ante una de las puertas y puso un dedo en los labios:

– Entre sin hacer ruido. Su padre duerme. Acuéstese usted también. Es lo mejor que puede hacer en este momento. Adiós.
– Adiós –murmuré, sintiendo que la emoción me subía a la boca.
Hice girar el picaporte; la puerta cedió sola y se abrió como los labios que se separan indefensos durante el sueño. Entré: la habitación era gris y estaba desnuda, casi vacía. Sobre una simple cama de madera, cerca de una estrecha ventana, dormía mi padre entre abundantes sábanas. Su profunda respiración descargaba capas de ronquidos que salían de lo más recóndito del sueño. Su ronquido parecía llenar toda la habitación, desde el suelo hasta el techo. Conmovido, miré aquel pobre rostro demacrado sucumbiendo totalmente a la tarea de roncar y que, después de haber abandonado su envoltura terrestre, se confesaba en algún lado de la otra orilla, en un lejano trance de su existencia, cuyos minutos iba enumerando solemnemente.
En la habitación no había una segunda cama. Por la ventana entraba un frío glacial. La estufa no estaba encendida.
"No parece que se preocupen mucho por los pacientes –pensé–. ¡Dejar a un hombre tan enfermo entre corrientes de aire! Y por lo visto nadie se cuida de la limpieza."
Una espesa capa de polvo cubría el suelo y la mesilla de noche en la que vi algunos medicamentos y una taza de café que se había enfriado. En el aparador había una gran cantidad de pasteles, pero a los pacientes sólo se les daba café negro, en lugar de algo más alimenticio. Pero esto pudiera considerarse una bagatela comparado con los beneficios de la retroacción del tiempo.



Me desnudé con calma y finalmente me introduje en el lecho de mi padre. Éste no se despertó, pero su ronquido, demasiado alto, descendió una octava, renunciando a su altanera declamación. Se convirtió en un ronquido privado, estrictamente individual. Envolví cuidadosamente a mi padre con el edredón para protegerle de la corriente de aire. Pronto me dormí a su lado.

II

Cuando me desperté, la habitación estaba sumida en la penumbra. Mi padre, ya vestido y sentado a la mesa, bebía té mojando en el mismo bizcochos azucarados. Llevaba un traje negro de paño inglés, que se había hecho el pasado verano. El nudo de su corbata estaba ligeramente flojo.

Al ver que yo no dormía, con una sonrisa que iluminaba su rostro, empalidecido por la enfermedad, me dijo:

– Me alegro mucho de que hayas venido, Józef. ¡Qué sorpresa! Me siento tan solo aquí. Claro está, no puedo quejarme de mi situación: me he encontrado en peores circunstancias y si quisiera hacer balance… Pero no importa. Imagínate que el primer día me sirvieron un magnífico *filet de boeuf* con champiñones. Era una carne horrenda. Te lo advierto seriamente para el caso en que quieran servirte otro *filet de boeuf*. Aún me arde el estómago. Y diarrea tras diarrea… No sabía cómo salir de eso. Pero debo darte una noticia –siguió diciendo.– No te rías, ¡he alquilado aquí un local que puede servir de tienda! ¡Perfectamente! Y me felicito de haber tenido esa idea. Compréndelo, me aburría mortalmente. No te puedes imaginar el aburrimiento que reina aquí. Al menos tengo una ocupación que me gusta. No creas que es una maravilla. No, el recinto es mucho más modesto que nuestra antigua tienda. En comparación con aquélla es una barraca. En nuestra ciudad me avergonzaría de semejan-

te tenderete, pero aquí, donde tenemos que rebajar tanto nuestras pretensiones…¿no es verdad, Józef? –y sonrió amargamente–. En fin, al menos se vive.
Aquellas palabras me apenaron. Me sentí incómodo y mi padre se dio cuenta de que había empleado una expresión poco adecuada.
– Veo que aún tienes sueño –siguió diciendo después de una pausa–. Duerme un poco y después vienes a buscarme a la tienda. ¿De acuerdo? Debo apresurarme para ir a ver cómo van las ventas. No te puedes imaginar cuántas dificultades he tenido para obtener crédito, qué desconfianza hay aquí hacia los viejos comerciantes, aunque tengamos un bien ganado prestigio de antaño… ¿recuerdas la óptica de la plaza? Nuestra tienda está justo al lado. Aún no tiene el rótulo, pero la encontrarás de todos modos. Es difícil equivocarse.
– ¿Sale sin abrigo? –pregunté con inquietud.
– Se olvidaron de ponerlo en el equipaje, imagínate, no lo he encontrado en mi baúl, pero no me hace falta. Este templado clima, esta dulce aura…
– Llévese el mío –insistí–. Cójalo, por favor.
Pero mi padre ya se había puesto el sombrero, y, haciendo un gesto de despedida, abandonó la habitación.
No, ya no tenía sueño. Me sentía descansado, pero también con ganas de comer. Recordé con satisfacción el aparador repleto de pasteles. Me vestí pensando en tan diverso y apetecible alimento. Decidí darle prioridad al dulce de manzana, aunque sin olvidar por ello los excelentes dulces recubiertos con piel de naranja. Me detuve ante el espejo para anudarme la corbata, pero su superficie, como un espejo cóncavo, no reflejaba mi imagen, que se había escondido en algún lugar de sus turbias profundi-

dades. Intenté inútilmente retroceder o adelantarme para regular la distancia, pero esa plateada y móvil bruma no dejaba escapar ningún reflejo.

"Tengo que pedir otro espejo" –pensé–, y salí de la habitación.

El corredor seguía sumido en la penumbra. La impresión de solemne silencio se veía acrecentada por la llama azulosa de un pequeño quinqué de gas que alumbraba en un rincón. En ese laberinto de puertas, recodos y esquinas, no podía recordar exactamente dónde se encontraba la entrada del restaurante.

"Voy a ir a la ciudad" –decidí de repente–. Comeré algo fuera. Seguro que encontraré una buena pastelería.

Apenas hube franqueado la puerta me envolvió un aire pesado, dulce y húmedo, característico de ese clima tan particular. El habitual color gris de la atmósfera se había hecho aún más oscuro. Era como si el día se viese a través de un crespón de luto.

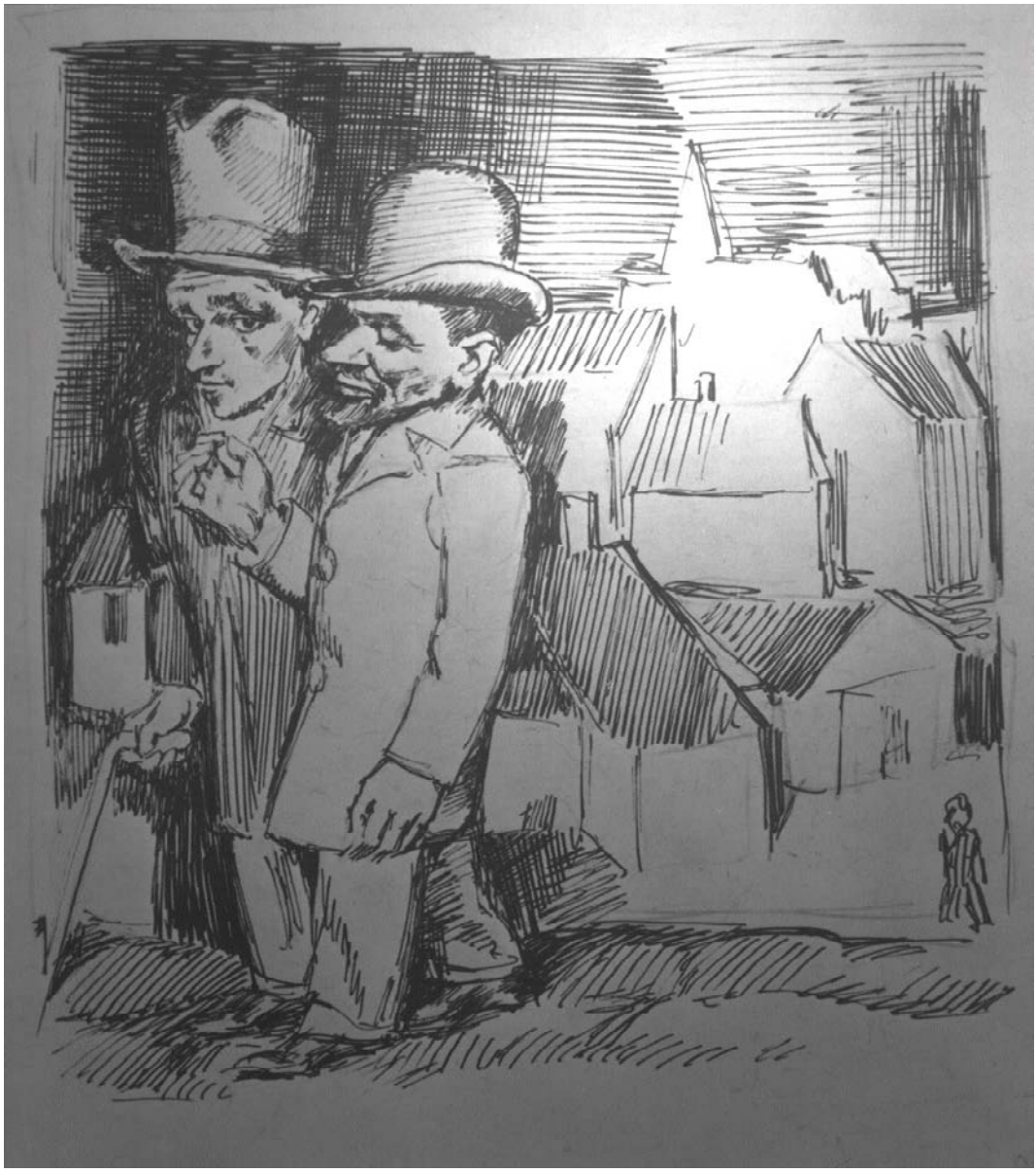
No me cansaba de contemplar el paisaje compuesto como un nocturno: rizoma de oscuridad aterciopelada, paleta de umbríos y matizados grises virando al ceniza, que se expandían en ahogadas notas. En esos profundos pliegues el aire tocaba mi rostro como un paño húmedo. Tenía una dulcimbre marchita como el agua de lluvia estancada.

Una vez más me envolvió el susurro de los bosques oscuros que regresaba sobre sí mismo, esos profundos acordes que conmueven los espacios, más allá del límite de lo audible. Me encontraba en el patio, detrás del Sanatorio. Observaba las altas paredes del ala posterior del edificio principal, construido en forma de herradura: todas las ventanas estaban cerradas con postigos negros. El

Sanatorio dormía profundamente. Atravesé una puerta de hierro forjado. Muy cerca de ella había una enorme caseta para el perro, vacía. Poco tiempo después ya me había fundido en el umbrío bosque. Caminaba a tientas en aquella tiniebla sobre un tapiz crujiente de agujas de pino. En un momento dado comenzó a clarear y vi perfilarse entre los árboles los contornos de las casas. Unos cuantos pasos bastaron para llevarme hasta el centro de una amplia plaza.

¡Qué extraño y confuso parecido con la plaza mayor de nuestra ciudad natal! ¡Cómo se asemejan, en realidad, todas las plazas del mundo! ¡Hay en ellas las mismas casas y las mismas tiendas!

Las aceras estaban casi desiertas. De un cielo gris descendía un alba miserable y tardía, fuera del tiempo. Podía leer rótulos y letreros sin dificultad, pero no me habría sorprendido si me hubieran dicho que nos encontrábamos en plena noche. Sólo estaban abiertas algunas tiendas. Las demás tenían el cierre a medio bajar, o se acababan de cerrar apresuradamente. Un aire vivo y poderoso, rico y lleno, absorbía en determinados lugares una parte de la escena y borraba como una húmeda esponja algunas casas, un farol, alguna grafía de un rótulo. A veces costaba levantar los párpados adormecidos por la modorra. Me dispuse a buscar la tienda del óptico mencionada por mi padre. Habló de la misma como si yo estuviese al corriente de los asuntos locales. ¿Acaso no sabía que me encontraba aquí por primera vez? Sin duda, ahora sus ideas parecían confusas. Mas, ¿qué podía esperarse de un padre que sólo estaba vivo a medias y tenía una vida relativa, limitada por tantas restricciones? Era preciso –por qué disimularlo– mucha buena voluntad para reco-



nocerle una especie de existencia. Era un penoso sucedáneo de vida que dependía de la indulgencia general, de ese *consensus omnium* del que extraía su savia. Evidentemente, esta triste apariencia sólo podía mantenerse en la realidad si todos se ponían de acuerdo para cerrar los ojos ante las extrañas circunstancias de su situación. La más leve oposición podía hacerla vacilar, el menor síntoma de escepticismo la echaría por tierra. ¿Podía asegurarle el sanatorio del doctor Gotard, con su cerrada atmósfera, esa benévola tolerancia, protegerlo de los fríos vientos de una crítica racional? Era bastante sorprendente que mi padre, en esa situación constantemente amenazada, conservara incluso un buen aspecto.

Me alegré al ver la pastelería con aquel escaparate rebosante de pastas y tartas. Mi apetito vino en mi ayuda. Abrí una puerta acristalada con el rótulo de HELADOS y entré en un oscuro local que olía a café y vainilla. Del fondo de la tienda salió una muchacha, cuyo rostro quedaba velado por la penumbra, y atendió mi solicitud. Después de tanto tiempo, al fin, podía saciarme de deliciosos buñuelos que mojaba en el café. Allí, en aquella oscuridad, rodeado por los arabescos del amanecer, mientras engullía un pastel tras otro, notaba esa umbrosidad introducirse bajo mis párpados y apoderarse furtivamente de mí con tibias pulsaciones, con un rumor de delicadas caricias. Al final sólo el rectángulo de la ventana destacaba en la oscuridad, como una mancha gris. Entonces golpeé inútilmente con mi cuchara sobre la mesa: nadie apareció para cobrarme la consumición. Finalmente, dejé una moneda de plata y salí a la calle.

La librería de al lado aún estaba iluminada. Los dependientes ordenaban los libros. Pregunté por la tienda de

mi padre. “Justo la segunda tienda después de la nuestra”, me indicaron. Un muchacho servicial incluso me acompañó para mostrármela. La puerta de acceso era acristalada, el escaparate aún sin instalar estaba recubierto de papel gris. Desde el primer momento me di cuenta, con sorpresa, que la tienda estaba llena de compradores. Mi padre se encontraba detrás del mostrador y, mientras mordía incesantemente su lápiz, realizaba las sumas de un importante pedido. Inclinado sobre el mostrador, el cliente para quien estaba preparando esa nota seguía con el índice cada nueva cifra y contaba a media voz. Los demás miraban en silencio. Mi padre me echó una mirada por encima de sus gafas y, mientras mantenía su dedo en el artículo en que se había detenido, me dijo: “Hay una carta para ti, está en el escritorio, entre los papeles”; después de lo cual se sumió de nuevo en sus cálculos. Mientras tanto, los empleados separaban las mercancías vendidas, las envolvían y ataban. Sólo había tejidos en algunos estantes. Otros –la mayor parte– estaban vacíos.
– ¿Por qué no se sienta? –pregunté a mi padre, a la vez que me acercaba hacia el mostrador–. Tan enfermo como está y no se cuida nada.
Mi padre levantó la mano con ademán evasivo, como si quisiera alejar mis argumentos y no interrumpir sus cuentas. Parecía en muy mal estado. Se hacía evidente que sólo una excitación artificial, una actividad febril sostenía sus fuerzas que ahora parecían retroceder acercando el instante de su definitivo hundimiento.
Busqué en la mesa del escritorio. En vez de una carta parecía más bien un paquete. Algunos días antes había escrito a una librería encargando una obra pornográfica y ahora me la enviaban a este lugar: tal vez dieron con mi

dirección, o, aún mejor, con la de mi padre, a pesar de que éste acababa de abrir la tienda y la misma carecía aún de rótulo o nombre. ¡Qué encomiable servicio de información, qué organización más digna de los mejores elogios! ¡Y qué sorprendente rapidez!

– Puedes leer con más comodidad en la trastienda –dijo entonces mi padre, lanzándome una mirada de disgusto–. Como ves, aquí no hay sitio.

La trastienda se hallaba aún vacía. Un poco de luz se filtraba allí a través de la puerta acristalada. De las paredes colgaban los abrigos de los dependientes. Abrí la carta y comencé a leerla bajo la débil luz que llegaba de la tienda.

En ella se me comunicaba que el libro solicitado no se encontraba, lamentablemente, entre sus fondos. Habían llevado a cabo alguna búsqueda, pero hasta el momento sin resultado alguno; la firma se permitía enviarme, mientras tanto, sin ningún compromiso por mi parte, un determinado artículo que, en su opinión, podía interesarme. Y seguía la complicada descripción de un anteojo astronómico plegable, dotado de un gran poder de aumento y, además, de otras interesantes cualidades. Intrigado, saqué del embalaje aquel instrumento hecho con una especie de tela negra laqueada, rígido, plegado en forma de acordeón. Siempre he tenido debilidad por los telescopios. Comencé a desplegar el armazón del aparato, replegado sobre sí mismo en distintas secciones. Vi, entonces, cómo crecía entre mis manos un enorme fuelle tensado por finas varillas que alargaba su vacía capota hasta abarcar casi toda la superficie de la habitación, un laberinto de oscuras celdillas, como un prolongado segmento de recámaras oscuras que se unían entre sí. Aquel

conglomerado de piezas recordaba un largo carruaje de tela laqueada, una especie de accesorio teatral que intentaba imitar la solidez de lo real con su material de papel y arpillera. Acerqué un ojo al extremo negro de la lente y pude ver al fondo, apenas vislumbrándola, la fachada posterior del Sanatorio. Lleno de curiosidad, me hundí aún más en la cámara del aparato. Ahora podía seguir con el objetivo los pasos de la enfermera que, con una bandeja en la mano, avanzaba por la penumbra del pasillo. Ella se volvió, con una sonrisa a flor de labios. "¿Me estará viendo?", me pregunté. Una invencible somnolencia recubría mis ojos con una bruma. Yo me encontraba sentado detrás de la lente como en un coche. Con un ligero movimiento de la palanca el aparato tembló como una mariposa de papel al batir las alas: sentí que se ponía en movimiento y me arrastraba hacia la puerta.

Como una enorme oruga negra, el aparato se dirigió hacia la habitación iluminada –tronco articulado, gran cucaracha de papel, con dos imitaciones de faros delanteros–. Los compradores retrocedieron en desorden ante aquel dragón ciego, los dependientes abrieron de par en par la puerta de la calle y me fui de ese modo, lentamente, en aquel carruaje de papel, entre dos filas de personas que seguían con una indignada mirada aquella partida verdaderamente escandalosa.

III

Así se vive en esta ciudad y así pasa el tiempo. La mayor parte del día se duerme y no sólo en la cama. A este respecto, las exigencias son mínimas. En cada lugar y en cada momento siempre se está dispuesto a dejarse caer en un frugal sueño, apoyándose en la mesa del restaurante, en el landó, o incluso de pie, en el vestíbulo de cualquier casa en la que se ha entrado un momento para ceder a esa irreprimible necesidad de sueño.

Al despertarnos, todavía torpes y vacilantes, reanudamos la conversación interrumpida y proseguimos nuestra penosa marcha. Así, mientras se recorre el camino, desaparecen no se sabe dónde largos espacios de tiempo, perdemos nuestro control sobre la sucesión del día, y, finalmente, acabamos por desinteresarnos abandonando sin pena el esqueleto de una cronología ininterrumpida que nos había acostumbrado a observar atentamente el uso y la severa disciplina cotidiana. Hace mucho que hemos sacrificado esa constante disposición a rendir cuentas del tiempo pasado, esa escrupulosa manía de contabilizar hasta el último minuto las horas gastadas que constituían la ambición y el orgullo de nuestra economía. Asimismo, tiempo hace que –de esas virtudes cardinales que no conocen nunca ni dudas ni faltas–, nosotros hemos capitulado.

Algunos ejemplos pueden servir para ilustrar esa situación. En cualquier momento del día o la noche –los débi-

les matices del color del cielo apenas marcan la diferencia–, me despierto cerca de la balaustrada del puente que conduce al Sanatorio. Es la hora del crepúsculo. Quizá, vencido por el sueño, debí errar durante mucho tiempo sin conciencia por la ciudad antes de poder llegar hasta aquí, mortalmente cansado. No puedo decir si durante ese recorrido me acompañó el doctor Gotard, que ahora está a mi lado argumentando sobre lo que parece ser el final de un largo razonamiento. Empujado por su propia elocuencia, me agarra del brazo y me lleva consigo. Continuamos, y, aun antes de atravesar las chirriantes tarimas del puente, me vuelvo a dormir. A través de mis párpados entrecerrados veo confusamente la persuasiva gesticulación del doctor, su sonrisa destacando en su barba negra, y trato de comprender ese capítulo, ese argumento decisivo que culmina su demostración, mientras con un gesto triunfal se detiene un instante, abriendo los brazos. No sé durante cuánto tiempo hemos marchado uno al lado del otro, sumidos en una conversación plagada de malentendidos, cuando, repentinamente, vuelvo a sentirme lúcido: el doctor Gotard ya no está y es noche profunda. Pero eso se debe a que tengo los ojos cerrados. Los abro y me encuentro en la cama, en mi habitación, a la que he regresado no sé cómo.

He aquí un ejemplo aún más sorprendente. A la hora de la comida entro en un restaurante de la ciudad, en el que abunda el desorden y un confuso ruido de voces. Y, ¿a quién veo en medio de la sala, ante una mesa que se comba bajo el peso de los platos? A mi padre, que es el blanco de todas las miradas, y él, resplandeciente y excepcionalmente animado, como en éxtasis, se inclina afectadamente a derecha e izquierda y mantiene una prolija

conversación con toda la concurrencia. Con un ímpetu artificial que no pude observar sin cierta inquietud, no cesa de pedir platos diferentes que se amontonan sobre la mesa. Se complace en reunirlos a su alrededor, aun cuando no haya acabado el primero. Mientras chasquea la lengua, mastica y habla al mismo tiempo, demuestra con sus gestos y su mímica estar muy satisfecho con ese banquete y, con mirada aprobadora, sigue a Adas, el camarero, dándole sin cesar nuevas órdenes. Y cuando el camarero corre a transmitirlas, agitando su servilleta, mi padre atrae la atención de los demás con un gesto implorante y toma a todos por testigos del innegable encanto de ese Ganímedes.

– ¡Es un muchacho inestimable! –exclama con una sonrisa feliz entrecerrando los ojos–. ¡Un ángel! ¡Reconozcan, señores, que es encantador!

Me retiro de la sala disgustado sin que él me haya advertido. Si hubiera sido puesto allí por la dirección del hotel para animar a los huéspedes no se hubiera comportado de forma mucho más provocativa y ostentatoria. Con la cabeza abotargada por el sueño, me desplazo un tanto desorientado por las calles, intentando regresar. Me detengo ante un buzón y apoyo mi cabeza contra él: y echo, así, una fugaz siesta. Finalmente encuentro a tientas, en medio de la oscuridad, la entrada del Sanatorio y me adentro en su interior. Mi habitación está a oscuras. Acciono el interruptor, que no funciona. Una corriente de aire frío entra por la ventana. La cama cruje en la tiniebla. Mi padre levanta la cabeza y dice:

– Oh, Józef, Józef. Hace dos días que estoy postrado aquí, sin ningún cuidado, los timbres parecen desconectados, nadie viene a verme y tú, mi propio hijo me abandonas,

a mí, que estoy gravemente enfermo, para irte de mujeres a la ciudad. Mira cómo me palpita el corazón.
¿Cómo conciliar ambos hechos? ¿Está mi padre en el restaurante, poseído por una insana gula, o descansa en su habitación retenido por una grave enfermedad? ¿O, tal vez, hay dos padres? Nada de eso. Todo se debe a esa rauda dislocación del tiempo que ya no es severamente controlado.
Todos sabemos que ese elemento indisciplinado puede ser mantenido –mejor o peor–, por el recto camino gracias a incesantes cuidados, a una comprensiva solicitud, a una vigilante modificación de sus desviaciones. Desprovisto de esa tutela, tiende inmediatamente a cometer infracciones, aberraciones extrañas, farsas imprevisibles, deformaciones bufonescas. Cada vez se percibe más claramente la disonancia de nuestros tiempos individuales. El tiempo de mi padre y el mío ya no coincidían.
Dicho sea de paso, el reproche de costumbres disolutas que me hacía mi padre era una insinuación carente de fundamento. Aún no he mantenido relaciones con mujeres. Indolente, como ebrio, de uno a otro sueño, apenas prestaba atención al bello sexo en mis momentos de lucidez.
Además, la inmisericorde penumbra de las calles ni siquiera permite ver los rostros. Lo único que he podido observar –como muchacho tengo un cierto interés por esas cosas–, es la personalísima manera de andar de esas señoritas.
Es un modo de andar inexorablemente rectilíneo, que no tiene en cuenta ningún obstáculo y únicamente obedece a un ritmo interior, a una ley que ellas devanan con el

hilo de su corto trote, lleno de precisión y de gracia mesurada.
Cada una lleva en sí misma su regla individual, tensa como un resorte.
Cuando caminan de esa forma, totalmente rectilínea, serias y concentradas, se diría que son víctimas de alguna preocupación: la de no perder nada de esa severa regla y no apartarse de ella ni un milímetro. Y entonces resulta evidente que lo que llevan en su interior con tanta recogida atención no es más que una cierta ideé fixe de su propia perfección, cuya fe en la misma constituye casi una realidad. Se trata de una anticipación que ellas asumen por su cuenta, sin ninguna garantía, es un dogma intangible contra el cual la duda no puede hacer absolutamente nada.
¡Cuántas máculas e imperfecciones, cuántas narices respingonas o achatadas, cuántas pecas y granos pueden hacer pasar osadamente bajo la máscara de esa ficción! No hay fealdad ni vulgaridad que el impulso de esa fe no pueda elevar hasta el ficticio cielo de la perfección.
Gracias a esa fe sus cuerpos embellecen, y las piernas –realmente bellas y elásticas, calzadas impecablemente–, lo dicen todo en sus andares, explican en el monólogo fluido y brillante de sus pasos la riqueza de la idea que un hermético rostro silenciaba por orgullo. Esas muchachas mantienen las manos bien apretadas en los bolsillos de sus cortas chaquetas. En el café, en el teatro, cruzan las piernas que se descubren hasta la rodilla y su silencio es elocuente. Esta es una de las peculiaridades de la ciudad.
Ya he hablado de la sombría vegetación. También merece la pena observar, sobre todo, una especie de helecho negro, cuyos enormes haces metidos en frascos adornan

aquí cada casa o lugar público. Es casi un símbolo de luto, el fúnebre emblema de la ciudad.

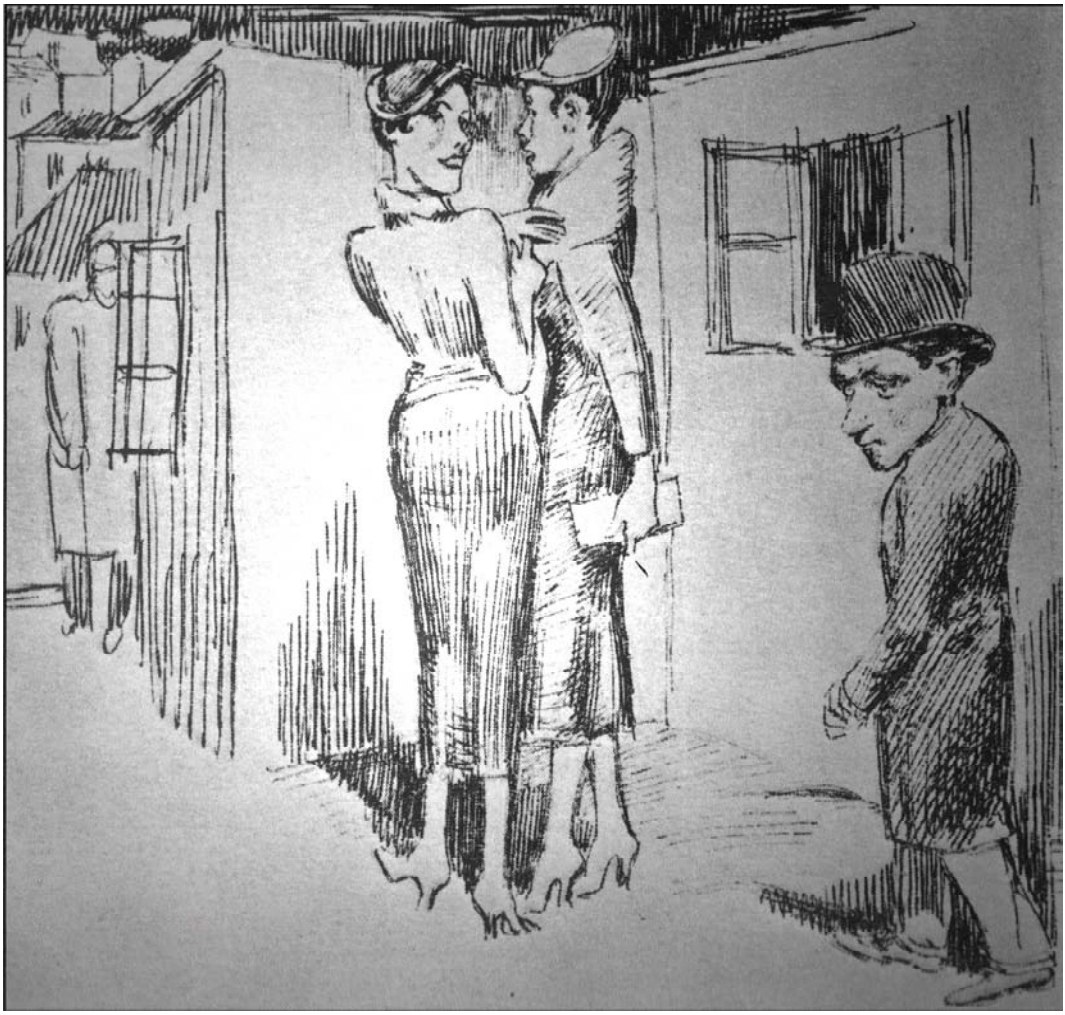
IV

La vida en el Sanatorio se hace cada vez más insoportable. No podemos negar que, simplemente, hemos caído en una trampa. Desde mi llegada, cuando se urdieron ante mi algunas apariencias de cierta hospitalidad, la dirección no se preocupó lo más mínimo por ofrecernos algún cuidado aunque éste fuese ilusorio. Estamos abandonados a nosotros mismos. Nadie se preocupa de nuestras necesidades. Sé desde hace tiempo que los cables eléctricos se cortan justo encima de las puertas y no conducen a ninguna parte. Al personal tampoco se le ve. Durante el día y la noche, los pasillos permanecen sumidos en la oscuridad y el silencio. Estoy convencido de que somos los únicos huéspedes de este Sanatorio y que las misteriosas y discretas muecas de la enfermera al abrir o cerrar las puertas de las habitaciones son sólo una mistificación.

A veces me gustaría abrir de par en par esas puertas y dejarlas así, para desenmascarar la deshonesta intriga que nos envuelve.

Sin embargo, no estoy completamente seguro de mis sospechas. En ocasiones, a altas horas de la noche, veo al doctor Gotard en el pasillo, apresurado, con su bata blanca y una jeringa en la mano, precedido por la enfermera. En tales circunstancias me resulta difícil retenerlo y acorralarlo contra la pared con una pregunta definitiva.

Si en la ciudad no hubiera un restaurante y una pastelería nos moriríamos de hambre. A pesar de mis ruegos aún no he conseguido que me traigan una segunda cama. Tampoco hay manera de que nos cambien las sábanas.
Debo confesar que el general relajamiento también nos ha afectado. Meterse en cama con la ropa y los zapatos puestos fue siempre para mí, como para cualquier hombre civilizado, algo intolerable. Pero ahora regreso tarde, muerto de sueño. La habitación está sumida en la penumbra y un aire frío hincha las cortinas de la ventana. Entonces me dejo caer ciegamente sobre la cama y me cubro con las sábanas. Duermo así durante irregulares espacios de tiempo, días o semanas, viajando por los desérticos paisajes del sueño, surcando las pendientes de la respiración: a veces descendiendo con un paso elástico de una ligera prominencia, otras ascendiendo penosamente la pared vertical del ronquido. Al llegar a la cumbre, abarco con la mirada el vasto horizonte de ese rocoso páramo onírico. En algún momento, en medio de lo desconocido, en un brusco giro de mis ronquidos, me despierto semiconsciente y siento a mis pies el cuerpo de mi padre. Allí duerme, ovillado y pequeño como un gatito. Vuelvo a dormirme, con la boca abierta, y todo el panorama del paisaje montañoso se desliza junto a mí formando olas majestuosas.
En la tienda, mi padre despliega una gran actividad: realiza transacciones y moviliza toda su elocuencia para convencer a los clientes. Esa animación da a sus mejillas un tono sonrosado y brillo a sus ojos. En el Sanatorio, permanece acostado, gravemente enfermo, igual que en casa durante las últimas semanas. No puede disimularse que su fin se acerca. Y, con su débil voz, me dice:



– Deberías pasar más a menudo por la tienda, Józef. Los dependientes nos roban. Yo ya no puedo con la tarea. Hace dos semanas que estoy en cama: los negocios van de mal en peor, nadie se preocupa ni se hace nada. ¿No hay ninguna carta de casa?

Empiezo a lamentar toda esta aventura. No puede decirse que hayamos tenido una feliz idea al enviar aquí a mi padre, seducidos por una ruidosa propaganda. Regresión del tiempo… Efectivamente, suena bien, pero ¿qué es en realidad? El tiempo que encontramos aquí ¿es honesto y válido, es un tiempo acabado de devanar de la madeja, con un olor de novedad y un color reciente? No, al contrario. Es un tiempo desgastado, estropeado por los demás, raído, transparente como un tamiz.

No es nada extraño, se trata de una especie de tiempo como vomitado –compréndaseme bien–, de un tiempo de segunda mano. ¡Da lástima, Dios mío!…

Y además, toda esa manipulación inconveniente del tiempo, esas perversas intrigas, esa manera de sorprender su mecanismo por la espalda, esa arriesgada prestidigitación que juega con sus íntimos misterios… A veces se sienten deseos de dar un puñetazo en la mesa y gritar a pleno pulmón: "¡Basta!" ¡No toquéis el tiempo! ¡No tenéis derecho a provocarlo! ¿No hay acaso suficiente espacio? El espacio es del hombre, podéis juguetear con él a vuestro antojo, como saltimbanquis, saltar de astro en astro. Pero, por el amor de Dios, ¡no toquéis el tiempo!".

De otra parte, ¿acaso se puede exigir de mí que rompa el acuerdo establecido con el doctor Gotard? Por muy mísera que fuese la existencia de mi padre, al menos podía verle, estar con él, hablarle. En realidad el doctor merecía todo mi agradecimiento.

Más de una vez he querido hablar con él abiertamente. Pero el doctor Gotard es inaccesible. Por ejemplo, la enfermera me dice que acaba de ir al restaurante. Cuando me encamino hacia allí, entonces ella vuelve sobre sus pasos para decirme que se ha equivocado y que el doctor se encuentra en el quirófano. Me apresuro al primer piso mientras pienso en qué clase de operaciones lleva a cabo, alcanzo el vestíbulo y, obviamente, me hacen esperar: el doctor Gotard saldrá enseguida, precisamente ha acabado una intervención quirúrgica y está lavándose las manos. Como si lo estuviera viendo: pequeño, metido en su bata desabrochada, a grandes pasos recorriendo las salas del hospital. Pero, ¿qué sucede? El doctor Gotard ni siquiera había estado allí, hacía años que no realizaba ninguna operación. Dormía en su cuarto: sólo se vislumbraba su barba negra y se oían sus ronquidos, que invadían la estancia como un crescendo de nubes, acumulándose y arrastrando en su vuelo al doctor y su cama, cada vez más alto –patética ascensión a lomos de su ronquido y el oleaje de las sábanas desplegadas.

Aquí ocurren cosas todavía más extrañas, cosas que intento no ver, de un absurdo fantástico. Cada vez que salgo de la habitación me parece que alguien se aleja apresuradamente de la puerta, y, después, desaparece por un pasillo lateral. O bien, alguien camina delante de mí sin girarse: no es la enfermera. ¡Sé quién es! ¡Mamá! –exclamo, con la voz temblando de emoción–, y mi madre vuelve entonces la cabeza y me mira con una sonrisa implorante. ¿Dónde estoy? ¿Qué ocurre? ¿En qué trampa he caído?

V

No sé si es por influencia de la avanzada estación, pero los días adquieren un color más solemne, sombrío y oscuro. Es como si se viera el mundo a través de unos espejuelos negros.

El paisaje evoca el fondo de un inmenso acuario de pálida tinta. Árboles, hombres y casas se funden en negras siluetas moviéndose como plantas submarinas en ese abismo de tonalidades tintadas.

Por los alrededores del Sanatorio pululan camadas de perros negros: de todas las formas y tamaños, recorren al anochecer caminos y senderos, sumidos en sus asuntos caninos, silenciosos, concentrados y atentos.

Pasan en grupos de dos o tres, con el cuello tenso, las orejas aguzadas, lanzando cortantes aullidos de queja y presos de extraña agitación. Absortos y apresurados, siempre en movimiento, siempre dirigiéndose hacia un objetivo incomprensible, apenas fijan su atención en los paseantes. Sólo ocasionalmente vuelven hacia ellos una mirada sesgada, negra e inteligente –mientras siguen corriendo–, que trasluce un furor aplacado por la falta de tiempo. A veces también ceden a su maldad y se lanzan a las piernas de alguien, con la cabeza gacha y un gruñido de mal augurio, pero se detienen a medio camino y emprenden de nuevo su marcha a grandes saltos.

No hay ningún remedio contra esa plaga de perros, mas ¿por qué demonios la dirección del Sanatorio conserva

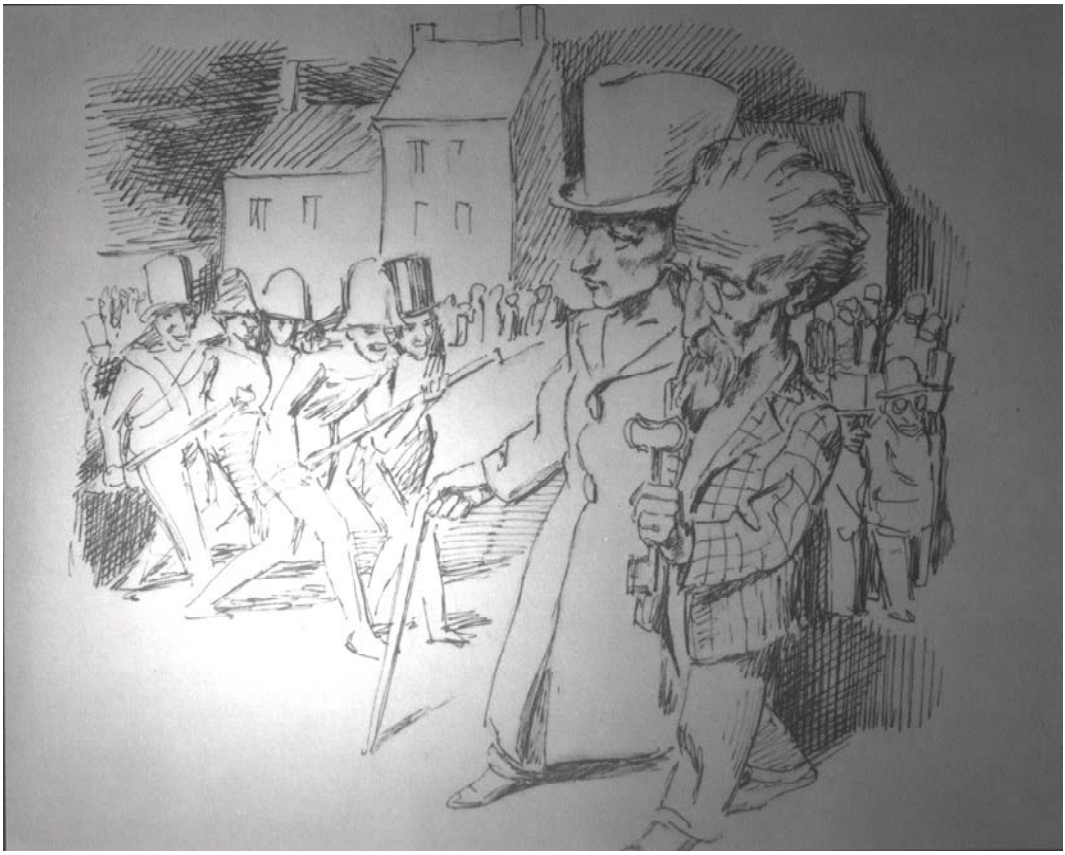
ese enorme perro lobo, temible bestia encadenada, hombre-lobo de ferocidad satánica?

Se me pone la carne de gallina cuando paso cerca de la caseta donde está inmóvil, atado a una corta cadena, con el peludo cuello salvajemente erizado y la maquinaria de su poderosa boca llena de colmillos. Nunca ladra, pero su salvaje expresión se hace aún más horrible cuando ve a un ser humano: sus rasgos viran hacia un indecible furor, y, levantando un poco su terrible boca, lanza convulsionado un ardiente aullido que sale de lo más profundo de su odio, en el que se concentra el dolor y la desesperación de su impotencia.

Mi padre pasa indiferente cerca de esa feroz bestia cuando salimos juntos del Sanatorio. En cambio, a mí me estremece cada vez más esa viva manifestación de impotente odio. En esos momentos supero en dos cabezas a mi padre que, pequeño y delgado, me sigue con el corto y rápido paso de los ancianos.

Al acercarnos a la plaza percibimos un movimiento inusual. Numerosas personas recorren las calles. Hasta nosotros llegan los increíbles rumores de que un ejército enemigo ha entrado en la ciudad.

En medio de la consternación general la gente se transmite informaciones alarmantes y contradictorias. Es difícil de comprender. ¿Una guerra que no ha estado precedida de gestiones diplomáticas? ¿Una guerra que interrumpe una paz bondadosa y no perturbada por ningún conflicto? ¿Una guerra contra quién, y por qué? Nos dicen que esa invasión enemiga ha alentado a un grupo de descontentos, que se han echado a la calle con armas en la mano aterrorizando a la pacífica ciudadanía. Nosotros pudimos ver un grupo de esos insurrectos, ves-



tidos de negro con blancos correajes cruzados sobre el pecho, avanzando silenciosamente, con los fusiles en ristre. La muchedumbre retrocedía al verlos y se apretujaba en las aceras, mientras ellos lanzaban miradas –por debajo de sus sombreros de copa–, sombrías e irónicas, desiderátum altivo, un brillo de maliciosa alegría, y algo así como un guiño de complicidad, como si retuvieran una carcajada capaz de desenmascarar toda esa mistificación. Algunos son reconocidos por la gente, pero las alegres exclamaciones se apagan pronto ante la amenaza de los cañones. Pasan a nuestro lado sin interpelar a nadie. Las calles vuelven a llenarse de una muchedumbre inquieta, silenciosa y taciturna. Un confuso rumor se propaga por la ciudad. Parece como si a lo lejos se oyeran las detonaciones de la artillería y el rodar de los cañones.

– Tengo que llegar a la tienda –dice mi padre, pálido pero decidido–. No hace falta que me acompañes –añade–, no harías más que estorbarme. Es mejor que regreses al Sanatorio.

La voz de la cobardía me hizo obedecer. Aún pude ver cómo mi padre se abría paso entre el abigarrado gentío y después se perdía de vista.

Entre un dédalo de callejuelas laterales me escabullo hacia la parte alta de la ciudad, al darme cuenta que, de esa manera, podía evitar el centro que se encontraba bloqueado por una masa humana.

Allí, en aquella zona de la urbe, apenas se veían algunos grupos que, finalmente, terminaron por dispersarse. Yo continuaba avanzando, ahora ya más tranquilo, por los paseos vacíos del parque municipal. Las farolas ardían con una llama débil y azulosa, como fúnebres asfódelos. Alrededor de cada una se agitaba un enjambre de abejo-

rros, pesados como balas de fusil, con un vuelo sesgado y vibrante. Algunos habían caído al suelo, y se veían aquí y allá arrastrando penosamente su caparazón enorme y duro bajo el que intentaban replegar las delicadas membranas de sus alas. La gente zigzagueaba por los paseos y entre el césped de la alameda, hilvanando despreocupadas conversaciones. Los últimos árboles se inclinaban sobre los patios de las casas que se encuentran más abajo, adosadas al muro del parque. Caminaba a lo largo de ese muro: un muro bajo desde el que podía ver, al otro lado, un desnivel que llegaba hasta los patios formando escarpaduras de la altura de un piso.

En un punto dado una rampa de tierra endurecida atravesaba los patios y se unía al muro. Franqueé sin dificultad una balaustrada y, a través de ese estrecho dique que corría entre los bloques de casas, me encontré en la calle. Mis cálculos, asentados en un afortunado sentido de la orientación, resultaron ser exactos: me encontraba casi a la altura del Sanatorio, cuya parte trasera aparecía ante mí, con su atenuada blancura enmarcada en la frondosidad umbría.

Como de costumbre, entré por el patio posterior, atravesé la puerta metálica y vi desde lejos al perro en su caseta. Igual que en anteriores ocasiones, me siento sobrecogido por una extraña y poderosa aversión cuando lo veo. Quiero evitarlo lo más pronto posible para no oír el desgarrado gemido que sale del fondo de su ser, cuando, lleno de terror y sin dar crédito a lo que veían mis ojos, lo veo saltar lejos de su caseta y correr para hacerme frente, entre sordos ladridos que parecían salir de un tonel.

Anonadado, retrocedí hacia el rincón más lejano del patio, y, mientras buscaba instintivamente un refugio,

me escondí bajo una pequeña pérgola, consciente de la inutilidad de mis esfuerzos. La peluda bestia se acercó a grandes saltos; cuando su boca asomó a la entrada del recinto me vi entonces como cogido en una trampa. Lleno de un pavor mortal, pude darme cuenta de que la cadena que lo sujetaba ya había dado todo de sí y que, por ello, la pérgola quedaba fuera del alcance de sus colmillos. Aún aterrado, apenas podía calmarme. Tambaleándome y a punto de desvanecerme miré al animal. Nunca antes lo había visto tan de cerca y fue en ese preciso momento cuando se me cayó la venda de los ojos. ¡Qué grande es el poder de la sugestión y del miedo! ¡Qué ceguera! Era un hombre. Un hombre encadenado al que, con una simplista aproximación metafórica, yo había tomado por un perro. Entiéndaseme bien. Indudablemente era un perro, pero bajo forma humana. La naturaleza canina es un factor interno que puede revestir –exteriormente– una envoltura animal o humana. Aquel que se encontraba delante de mí a la entrada de la pérgola, con su bocaza abierta, mostrando todos los dientes con un terrible gruñido, era un hombre de talla media, con barba negra. En su rostro amarilloso y huesudo, fulguraban unos ojos negros, aviesos y desgraciados. A juzgar por su negra vestimenta y su barba recortada, se le podría tomar por un intelectual, por un investigador. Podía ser un malogrado hermano mayor del doctor Gotard. Mas, esa primera apariencia era engañosa. Enseguida se vio desmentida por las enormes manos en las que aún conservaba restos de pegamento, por dos brutales y cínicos surcos que salían de ambos lados de la nariz y se perdían en la barba, por las vulgares arrugas horizontales que se dibujaban en su estrecha frente.

Era un encuadernador, un hombre vociferante, agitador de mítines y activista violento atormentado por pasiones explosivas. Y a causa de sus pasiones desatadas, del erizamiento convulso de sus fibras, de esa furia demencial es por lo que ladraba ciegamente contra la punta del bastón, convirtiéndose en perro al cien por cien.

Si franqueara la balaustrada del fondo –pienso– me encontraría totalmente fuera de su alcance y podría llegar a la entrada del Sanatorio. Estaba a punto de subir por la rampa, pero me detuve súbitamente en la mitad del movimiento, sintiendo que sería demasiado cruel por mi parte irme de ese modo y abandonarlo a su oscura rabia. Imaginé su terrible decepción, su inhumano dolor al verme salir de la trampa y alejarme para siempre. Me quedé. Me acerqué a él y dije con una voz tranquila, natural: "Cálmese, le voy a soltar".

Al oír esas palabras su rostro convulsionado por temblores, vibrante de gruñidos, se relajó y apaciguó, y apareció un rostro casi humano. Me acerqué a él sin temor y desaté su collar. Ahora caminábamos uno junto al otro. El encuadernador llevaba un traje negro de buena calidad, pero iba descalzo. Intenté entablar una conversación, mas de su boca sólo salió un incomprensible balbuceo. Aunque en sus ojos negros y elocuentes puedo adivinar un apego manifiesto que diluye mi temor. En ocasiones se golpeaba contra alguna piedra o trozo de arcilla, y, bajo el efecto de la conmoción su rostro parecía romperse, descomponerse, como presa de un oscuro miedo a punto de saltar, tras el que se agazapaba una ferocidad que en cualquier momento convertiría ese rostro en un nido de víboras. Entonces lo llamé al orden con una advertencia severa pero amistosa. Incluso le di palmadas en la espal-

da. A veces asoma a su cara una sorprendida sonrisa, recelosa e incrédula. ¡Oh, cómo me pesaba esa terrible amistad! ¡Cómo me asustaba esa singular simpatía! ¿Cómo deshacerme de ese ser que caminaba a mi lado y pegaba su mirada a mi rostro, con todo el calor de su alma canina? Sin embargo, no podía dejarle ver mi impaciencia. Saqué la cartera y dije con voz decidida:

– Supongo que necesita usted dinero, con mucho gusto se lo prestaré.

Pero, al ver la cartera, adquirió un aspecto tan terriblemente hosco que la guardé inmediatamente. Durante un largo momento no pudo calmar ni dominar sus rasgos, convulsionados por un alarido. No, no podía soportarlo más tiempo. Cualquier cosa antes que eso. Así, pues, todo se había complicado de tal forma que ya no había salida posible. El resplandor de un incendio se elevaba por encima de la ciudad. Mi padre, en medio de la revolución, en la tienda presa de las llamas; el doctor Gotard fuera de mi alcance, y, además, la inexplicable aparición de mi madre con una misión secreta… Son los eslabones de una grandiosa e incomprensible intriga desarrollada a mi alrededor. ¡Huir, huir de aquí! A cualquier sitio. Sacudirse esta horrible compañía, librarse de este encuadernador que apesta a perro y no me quita el ojo de encima. Nos encontrábamos ante la entrada del Sanatorio.

– Por favor, acompáñeme a mi habitación –le dije, con un amable gesto.

Los ademanes civilizados le fascinan, adormecen su salvajismo. Le hice entrar cediéndole el paso y le ofrecí una silla.

– Voy al restaurante a buscar coñac –dije.

Él se levantó atemorizado con intención de acompañarme. Logré calmarlo con una suave firmeza:
– Usted se quedará aquí sentado y me esperará tranquilamente –conseguí articular con una voz profunda y vibrante en cuyo fondo había un secreto pavor.
Volvió a sentarse esbozando una insegura sonrisa. Salí y caminé lentamente por el pasillo, bajé las escaleras, atravesé el corredor buscando la salida, franqueé el portal, dejé atrás el patio, cerré la puerta de hierro y comencé a correr –todo lo que mis piernas daban de sí, con el corazón latiéndome violentamente, las mejillas ardiendo–, por la sombría alameda que conduce a la estación de ferrocarril.
En mi cabeza se agolpan una serie de imágenes, a cada cual más pavorosa. La inquietud del monstruo, su terror, su desolación cuando comprendiera que le había engañado. La renovación de su furor, su reincidente y oscura rabia explotando inmisericorde. El regreso de mi padre al Sanatorio, que golpeará la puerta tranquilamente, sin temer nada, y se encontrará frente a frente con la pavorosa bestia.
Es una suerte que mi padre no esté verdaderamente vivo, y que todo esto no pueda ya afectarle –me digo para tranquilizarme.
Ahora veo ante mí un convoy de sombríos vagones dispuesto para la salida. Subo a uno de ellos y el tren, como si hubiera estado esperándome, se pone en marcha suavemente, sin silbar.
Por la ventanilla puede verse una vez más cómo se desliza lentamente ese inmenso aguafuerte del horizonte, pleno de bosques sombríos y ululantes, en medio de los cuales destaca la blancura del Sanatorio. ¡Adiós, padre, adiós ciudad que nunca volveré a ver!

Desde entonces viajo, viajo continuamente, de algún modo he elegido un domicilio en la vía férrea, en la que se tolera mi presencia y se permite que deambule de vagón en vagón. Los compartimentos, grandes como habitaciones, están llenos de paja y desperdicios. Las corrientes de aire los atraviesan de parte a parte en los días grises e incoloros.

Mis ropas se han hecho trizas. Me han dado un usado uniforme de empleado de ferrocarril. Tengo el rostro vendado a causa de una mejilla inflamada. Dormito sobre la paja y sueño, y cuando tengo hambre voy al pasillo, frente a los compartimentos de segunda clase y canto. Y me lanzan monedas a mi gorra, a mi negra gorra de ferroviario, cuya visera se deshilacha.

En las raíces de ese nuevo texto de la prosa de Schulz yace el sueño de la renovación del mundo, un poderoso sueño capaz de admirar la inspiración y desencadenarla: la antigua creencia humana sofocada y escondida, la belleza secreta de las cosas sólo espera a alguien inspirado que la libere para desbordarse a través del mundo bajo la forma de una invasión dichosa. Esa antigua creencia de los místicos se hace carne en este libro, desarrollándose como una particular escatología en el círculo legendario cuya trama está compuesta por los fragmentos de todas las culturas y mitologías, desvelándose en una fabulística deslumbrante y enigmática. Llama la atención que esa fabulística siendo tan rica en elementos culturales tenga un carácter estrictamente particular y único, que se emplee en ella una terminología innovadora y personal, creando así un nuevo corpus compuesto por las más antiguas e inmemoriales ensoñaciones humanas. Esas ensoñaciones al liberarse de las cadenas del cuerpo, al transformar la vida con el influjo de la poesía, encontraron en la prosa de Schulz su nueva patria, su clima abonado, en el que brotan con la exuberancia de la vegetación tropical: una infancia legendaria llena de milagros, encantamientos y transformaciones. Lo extraño y lo cotidiano, la taumaturgia y la magia de la calle, el sueño y la realidad, y todo, todo entreverado en la más ocelada y reverberante fábula.

Bruno SCHULZ

ISBN 13: 978-84-96817-74-6